

UN PROYECTO DIVINO

Al finalizar la obra de la creación, en el sexto día, *formó Yavé Dios al hombre del polvo de la tierra, y le inspiró en el rostro aliento de vida, y fue así el hombre ser animado* ¹.

Si en todas sus obras se había complacido, en la formación del género humano Dios se alegró sobremanera: vio que era *muy bueno* lo que había hecho, testimonia la Escritura ², como reafirmando la peculiar acción divina en la creación del hombre, hecho a imagen y semejanza del Creador por su alma espiritual e inmortal. No contento con esto, el Señor le confirió gratuitamente una participación de su misma vida íntima: le hizo hijo suyo y lo llenó de dones sobrenaturales. Todos y cada uno de los miembros de la especie humana son, desde entonces, objeto de su amor de predilección.

La familia en el plan de Dios

Para llenar de hijos el Reino de los Cielos, la Providencia divina ha querido contar con la libre colaboración de los hombres. Y para que esta colaboración en la transmisión de la vida no quedara al vaivén de posibles caprichos, el Señor quiso protegerla mediante la institución natural del matrimonio ³, elevado luego por Cristo a la dignidad de sacramento.

¹ Genes. II, 7.

² Cfr. Genes. I, 31.

³ Cfr. Genes. I, 27

La familia —la gran familia humana, y cada una de las familias que habrían de componerla— es el medio querido por Dios para que los hombres colaboren ordenadamente en su decreto Creador. Más aún, el modelo familiar es *semejanza* de la propia vida trinitaria: *nuestro Dios, en su misterio más íntimo, no es una soledad, sino una familia, puesto que lleva en sí mismo paternidad, filiación y la esencia de la familia que es el amor* ⁴.

Según el decreto de la eterna Sabiduría, nuestros primeros padres deberían cooperar con Dios en la transmisión de la vida a la siguiente generación y ésta a la otra, y así sucesivamente, hasta llenar toda la tierra de hijos fieles, comunicando a su descendencia los dones con que el Señor los había adornado. Pero Adán y Eva pecaron, incitados por el demonio; y, desde aquel momento, los hombres arrastran el pecado original, que se transmite a todos con la misma vida, como herencia inseparable.

La Trinidad Santísima no abandonó a la criatura humana a su triste suerte tras el pecado, sino que se apiadó de ella y prometió suscitar un Redentor que fuera Dios, para poder reparar el daño en cierto modo infinito que el hombre había causado, y que perteneciera a la estirpe humana, para poder merecer en lugar nuestro ⁵. Porque Dios, que *no necesita nada, no quiere prescindir de nosotros. La Trinidad se ha enamorado del hombre (...) y desea vivamente morar en el alma nuestra* ⁶.

Sin embargo, muchos hombres olvidaron la promesa del Señor y despreciaron los planes divinos. Por eso, Dios decidió exterminarlos con un diluvio. Pero antes eligió a una familia, la de Noé, el único justo que había hallado gracia a sus ojos. *Contigo haré yo mi alianza —le prometió—, y entrarás en el arca tú y tus hijos, tu mujer y las mujeres de tus hijos* ⁷. Una familia aseguró entonces la continuidad de la vida humana sobre la tierra.

La voluntad de Dios de contar con la familia en su plan salvador, se confirmará de nuevo, con el correr de los tiempos, en las promesas a las casas de los antiguos patriarcas: *serán bendecidas en ti*

⁴ Juan Pablo II, Homilía, 28-I-1979.

⁵ Cfr. *Genes*. III, 15.

⁶ *Es Cristo que pasa*, n. 84.

⁷ *Genes*. VI, 18.

—dijo a Abraham— *todas las familias de la tierra* ⁸. Y parecidas bendiciones alcanzarán a Isaac y a Jacob hasta que, finalmente, la promesa del Redentor recaiga en la familia de David.

Recordar estos hechos, *remontarse al "principio" del gesto creador de Dios, es una necesidad para la familia, si quiere conocerse y realizarse según la verdad interior no sólo de su ser, sino también de su actuación histórica* ⁹.

Un ejemplo para todas las familias

Llegada la plenitud de los tiempos, un ángel del Señor anunció a los hombres el cumplimiento del plan divino: *hoy os ha nacido, en la ciudad de David, el Salvador, que es el Cristo, el Señor* ¹⁰. Nace Jesús de María, se realiza la promesa del Protoevangelio. Y Dios provee para su Hijo una familia, con un padre adoptivo, José, que *era de la casa y familia de David* ¹¹, al igual que María, la Madre virginal. Quiso el Señor que, también en esto, quedara reflejado el modo en que El desea ver nacer y crecer a sus hijos: dentro de una institución establemente constituida.

Llegó el destierro en Egipto, y también los años de vida oculta en Nazaret, cuando el Verbo divino, en su Humanidad Santísima, *crecía en sabiduría, en edad y en gracia* ¹², hasta el tiempo en que habría de manifestarse a los hombres. En ese ambiente familiar quiso vivir y crecer la Verdad encarnada, para confirmar el proyecto eterno de Dios Padre, y constituir *efectivamente aquel punto culminante de referencia para la santidad de cada familia humana* ¹³.

Los diversos hechos y circunstancias que rodean el nacimiento del Hijo de Dios —escribía nuestro Fundador— acuden a nuestro recuerdo, y la mirada se detiene en la gruta de Belén, en el hogar de Nazaret. María, José, Jesús Niño, ocupan de un modo muy especial el centro de nuestro corazón. ¿Qué nos dice, qué nos enseña la vida a

⁸ Genes. XII, 3.

⁹ Juan Pablo II, Exhort. apost. *Familiaris consortio*, 22-XI-1981, n. 17.

¹⁰ Luc. II, 11.

¹¹ Luc. II, 4.

¹² Luc. II, 52.

¹³ Juan Pablo II, Homilía, 31-XII-1978.

*la vez sencilla y admirable de esa Sagrada Familia?*¹⁴.

La pregunta que nos sugiere nuestro Padre no puede resolverse en planteamientos abstractos, sino que ha de concluir en propósitos concretos. La Sagrada Familia es el modelo que la Trinidad Beatísima ha querido para todos los hogares de la tierra. Si participamos de la vida de ese hogar, aprenderemos a practicar las *virtudes cristianas; las teologales, en primer lugar y, luego, todas las otras: la prudencia, la lealtad, la sinceridad, la humildad, el trabajo, la alegría...*¹⁵.

Dignidad de la familia

Por su misión natural y sobrenatural, por su origen, por su naturaleza y por su fin, es grande la dignidad de la familia. Ya en el plano meramente natural, por voluntad explícita de Dios, la familia es la *célula primera y vital de la sociedad*¹⁶. En cierta manera, también lo es del mismo Pueblo de Dios; por eso, *la Iglesia, consciente de que el bien de la sociedad y de sí misma está profundamente vinculado al bien de la familia (cfr. Concilio Vaticano II, Const. past. Gaudium et spes, n. 47), siente de la manera más viva y acuciante su misión de proclamar a todos el designio de Dios sobre el matrimonio y la familia, asegurando su plena vitalidad, así como su promoción humana y cristiana, contribuyendo de este modo a la renovación de la sociedad y del mismo Pueblo de Dios*¹⁷.

Toda familia tiene una entidad sagrada, y merece la veneración y solicitud de sus miembros, de la sociedad civil y de la Iglesia. Tan digna es, que Santo Tomás ha parangonado la misión de los padres, en este terreno, a la de los sacerdotes: mientras que éstos contribuyen al crecimiento espiritual del Pueblo de Dios, mediante la administración de los sacramentos, la familia cristiana provee *a la vez a la vida corporal y espiritual, lo que se realiza con el sacramento del Matrimonio, en el que el hombre y la mujer se unen para engendrar la prole y educarla en el culto a Dios*¹⁸. Por eso, resultaría una trágica

¹⁴ *Es Cristo que pasa*, n. 22.

¹⁵ *Es Cristo que pasa*, n. 23.

¹⁶ Concilio Vaticano II, *decr. Apostolicam actuositatem*, n. 11.

¹⁷ Juan Pablo II, *Exhort. apost. Familiaris consortio*, 22-XI-1981, n. 3.

¹⁸ Santo Tomás, *Summa contra Gentes*, IV, cap. 58.

corrupción de su esencia reducirla a las relaciones conyugales, o al vínculo de sangre entre padres e hijos, o a una especie de unidad social o de armonización de intereses particulares.

Pero aún hay más, porque mediante la colaboración generosa de los padres cristianos al designio divino, Dios mismo *aumenta y enriquece su propia familia* ¹⁹, se multiplica en número y virtud el Cuerpo Místico de Cristo sobre la tierra, y se ofrece desde los hogares cristianos una oblación especialmente grata al Señor. *Debemos trabajar para que esas células cristianas de la sociedad nazcan y se desarrollen con afán de santidad* ²⁰.

Por todos estos motivos, el hogar ha de ser la escuela primera y principal donde los hijos aprendan y vivan las virtudes humanas y cristianas. El buen ejemplo de los padres, de los hermanos y de los demás componentes del ámbito familiar, se reflejan de manera inmediata en la configuración de las relaciones sociales que cada uno de los miembros de esa familia establece. No es casual, por tanto, el interés de la Iglesia por el adecuado desarrollo de esa *escuela de virtudes* que ha de ser el hogar ²¹.

La función de cada uno en el hogar

La realidad familiar funda unos derechos y unos deberes. Antes que nada, todos sus miembros han de tener conciencia clara de la dignidad de esa comunidad que forman, y de la misión que está llamada a realizar. Cada uno ha de cumplir sus deberes con un vivo sentido de responsabilidad, a costa de los sacrificios que sean precisos.

En primer lugar, *los casados están llamados a santificar su matrimonio y a santificarse en esa unión; cometerían por eso un grave error, si edificaran su conducta espiritual a espaldas y al margen de su hogar. La vida familiar, las relaciones conyugales, el cuidado y la educación de los hijos, el esfuerzo por sacar económicamente adelante a la familia y por asegurarla y mejorarla, el trato con las otras*

¹⁹ Concilio Vaticano II, Const. past. *Gaudium et spes*, n. 50.

²⁰ *Conversaciones*, n. 91.

²¹ Cfr. Juan Pablo II, Discurso a los Obispos de Argentina, 28-X-1979.

personas que constituyen la comunidad social, todo eso son situaciones humanas y corrientes que los esposos cristianos deben sobrenaturalizar ²².

De manera fundamental, los esposos deben vivir la fidelidad: *a los casados, mando, no yo sino el Señor, que la mujer no se separe del marido, y en caso de que se separe, que permanezca sin casarse o reconcíliase con el marido, y que el marido no despida a su mujer* ²³. Es obligación importantísima de los cónyuges no quebrar la unidad del matrimonio, pues esa ruptura supondría la destrucción del concepto mismo de familia. Y la unidad se refuerza con el cumplimiento de los propios deberes, que el amor hace gustosos; pues no se trata de una unidad simplemente física, sino de una verdadera comunidad de espíritu.

Es principal obligación de los padres, y en especial del cabeza de familia, trabajar y ganar lo necesario para el sustento de todos. En nuestros días, esta exigencia se concreta, además, en la búsqueda de una vivienda adecuada, capaz de acoger a todos los hijos que Dios quiera enviar a aquella casa; y en el deber de procurar los medios oportunos para la educación cristiana, la enseñanza y el descanso de los hijos.

La descristianización de la sociedad, sin embargo, ha difundido un estilo de vida hedonista que está en clara oposición al plan divino, porque *cegar las fuentes de la vida es un crimen contra los dones que Dios ha concedido a la humanidad, y una manifestación de que es el egoísmo y no el amor lo que inspira la conducta. Entonces todo se enturbia, porque los cónyuges llegan a contemplarse como cómplices: y se producen disensiones que, continuando en esa línea, son casi siempre insanables* ²⁴. Todas las posibles dificultades, e incluso las críticas de un ambiente hostil y anticristiano, han de ser acicate para el esfuerzo del padre de familia por sacar adelante a los hijos que Dios le mande.

Por su parte, la mujer cristiana ha de tener muy en cuenta los consejos de San Pablo: *que cuiden de sus hijos y sean prudentes, cas-*

²² *Es Cristo que pasa*, n. 23.

²³ I Cor. VII, 10-11.

²⁴ *Es Cristo que pasa*, n. 25.

tas, sobrias, cuidadosas de la casa, apacibles, sujetas a sus maridos ²⁵. Así animaba nuestro Padre a las madres a cumplir acabadamente sus obligaciones: *vosotras, hijas mías, sabéis que el amor al marido y el amor a cada hijo es una parte de vuestro amor a Dios. También lo es el afán que habéis puesto en criarlos, es decir, en educarlos de un modo cristiano. He estado tentado de decir crearlos, como si fueseis participantes aún más activos del poder de Dios, que crea las cosas de la nada. ¿Me entendéis? Por lo tanto, cada vez que un hijo vuestro sale adelante, un grito de amor al Señor; si se queda un poquito atrás —no quiero puntualizar— otro grito: ¡Señor, ayúdame, para que lo saque adelante! Y le ayudas con afecto, con esa bondad casi infinita que hay en el corazón de las madres, y obligando a tu marido a colaborar en esa tarea. ¡Si, a fin de cuentas, sois vosotras las que mandáis en vuestras casas!* ²⁶.

En la gran misión de la familia también los hijos tienen su propia parte. Encuentran sus deberes en la obediencia, en la docilidad, en el cariño y veneración a sus progenitores, en el estudio y en el trabajo. *Hijos, obedeced a vuestros padres en el Señor, porque esto es justo. Honra a tu padre y a tu madre, éste es el primer mandamiento que va acompañado de una promesa: para que te vaya bien y vivas largo tiempo en la tierra* ²⁷.

Por el cumplimiento de las obligaciones de cada uno —cumplimiento que nace, se sostiene y es dirigido por el amor—, la familia llega a ser lo que el Señor espera: lugar en el que se edifica el Reino de Dios y se acrecienta la Iglesia. Es ese amor operativo, además de afectivo, humano y profundamente sobrenatural, lo que convierte al domicilio en hogar; lo que transforma los bienes materiales y el esfuerzo por conseguirlos y mejorarlos, en comunicación de bienestar y de afanes, en instrumento de unión, paz y mutua ayuda, y de servicio a Dios y a las almas. Es el amor —que hay que fomentar— lo que convierte la simple convivencia en vida familiar: renuncia y abnegación constantes, lealtad y confianza inagotables, respeto y comprensión que no encuentran límites, y que incluye el uso amable de

²⁵ Tit. II, 4-5.

²⁶ De nuestro Padre, Dos meses de catequesis, II, p. 771.

²⁷ Ephes. VI, 1-3.

la autoridad por el bien de los demás.

Para cumplir todos estos deberes, es indispensable que los miembros de la familia sobrenaturalicen su afecto. Porque *el amor que tiene por motivo a Cristo es firme, inquebrantable e indestructible. Nada, ni las calumnias, ni los peligros, ni la muerte, ni cosa semejante, será capaz de arrancarlo del alma. El que ama así, aun cuando tenga que sufrir cuanto se quiera, mirando el motivo por el que ama, no dejará jamás de amar* ²⁸. De este amor —suave y exigente a la vez— brotan esas delicadezas que *hacen de la vida de familia un anticipo del Cielo. Cada pequeño detalle del arreglo personal, del adorno de la casa, de la preparación de la mesa, de la diversión —vivido con naturalidad— sabemos que tienen sentido* ²⁹.

Dedicación a la familia

Juntamente con esa base material de trabajo, de administración de bienes, de amable y leal convivencia, la misión natural y sobrenatural de la familia impone a los padres una profunda y generosa dedicación para educar y formar a los hijos. *Padres —clamaba San Pablo—, no irritéis a vuestros hijos, antes bien educadles en la doctrina y enseñanzas del Señor* ³⁰.

Faltarían gravemente a su deber los padres que, por conseguir una mayor abundancia de bienes materiales o por cualquier otro motivo, descuidasen la formación de sus hijos, dedicando al trabajo o a otras actividades el tiempo que exige la vida de familia. Esa tarea requiere preparación, esfuerzo, paciencia... y tiempo, porque no basta con la repetición autoritaria de unos principios más o menos genéricos. Por eso insiste con frecuencia el Padre: *haceos amigos de vuestros hijos, como recomendaba nuestro Padre. A primera vista, esto parece una cosa lógica, natural. Sin embargo, con frecuencia los hijos quieren a sus padres, los respetan, pero no tienen confianza en ellos. Para conseguir la amistad de los hijos, debéis tratarles como a vuestros amigos, hablarles con franqueza, escuchar sus opiniones... Que sepan*

²⁸ San Juan Crisóstomo, *In Matthaeum homiliae* 40.

²⁹ De nuestro Padre, *Obras* X-62, p. 15.

³⁰ *Ephes* VI, 4.

que pueden charlar contigo de cualquier tema o pedirte un consejo: que encontrarán siempre comprensión. Si alguna vez no se portan bien, tú les sabrás ayudar, disculpar, animar... y corregir ³¹.

Aspecto basilar para la buena marcha de una familia, y en especial para la buena formación de los hijos, son las tareas del hogar. Ante los que presentan estas ocupaciones como algo superado en los tiempos modernos, afirma el Padre: *el trabajo doméstico es dignísimo. Basta recordar el ejemplo de la Santísima Virgen. La Madre de Dios, la criatura más excelsa que ha existido, estuvo dedicada al hogar y procuró que el Niño y San José —el gran Patriarca, que a los ojos de sus contemporáneos pasaba como padre de Jesús— se encontrasen a gusto. ¡Qué limpia y ordenada tendría su casa la Virgen!*

Es la tarea más grande, más hermosa. Si una mujer casada mantiene simpática su casa, no sólo cumple con su deber: realiza además una gran obra de caridad con los suyos. Y el marido, después del trabajo, estará deseando volver a su lado, porque en ningún sitio se sentirá más feliz que en su propio hogar. Seréis como un imán para vuestros maridos, y les facilitaréis que se porten como buenos cristianos ³².

Precisamente por la grandeza de esa misión y por el bien que supone para toda la sociedad, el demonio tiene especial interés en desprestigiar las tareas domésticas. Presentar el trabajo fuera del hogar como emancipación, autorrealización o madurez hace perder muchas energías en aspectos secundarios o intrascendentes que acaban siendo, con frecuencia, detrimento del recto orden de la sociedad. No es que la Iglesia considere de manera negativa el trabajo de la mujer casada fuera del hogar, pero sí recuerda que esa tarea no debe nunca dañar lo que es su función principal: regir el hogar. Y este punto es de tal importancia que la Iglesia recuerda que *la sociedad debe (...) estructurarse de manera tal que las esposas y madres no se vean de hecho obligadas a trabajar fuera de casa y que sus familias puedan vivir y prosperar dignamente, aunque ellas se dediquen totalmente a la propia familia* ³³.

³¹ Del Padre, Tertulia, 11-XI-1978.

³² Del Padre, Tertulia, 10-V-1977.

³³ Juan Pablo II, Exhort. apost. *Familiaris consortio*, 22-XI-1981, n. 23.

Una tarea apasionante

En los momentos actuales de la vida de la sociedad, se hace especialmente urgente volver a inculcar el sentido cristiano en el seno de tantos hogares. *No olvidéis* —escribía el Padre, refiriéndose a su hijos casados— (...) *que vuestro apostolado más importante consiste en hacer de vuestra propia casa un trasunto de la Casa de Nazaret: que vuestras familias constituyan verdaderamente esa Iglesia doméstica de la que tanto habló nuestro Padre, y que el Magisterio de la Iglesia pone como fundamento de todo el orden social. A vosotros os corresponde —con el aliento del espíritu de la Obra y con vuestro esfuerzo personal— reforzar las bases para una nueva implantación del espíritu cristiano en la sociedad. ¡Movilizaos sin reservas en la gran batalla para defender y ejercitar los derechos de la familia, tan maltratada en casi todos los países!*³⁴.

La tarea no es sencilla pero sí apasionante. Para contribuir a esta inmensa labor, que se identifica con la de recristianizar la sociedad, cada uno ha de empezar por *barrer* la propia casa. Y, especialmente, preguntarse sinceramente si se preocupa con esfuerzo y alegría de la educación de su hijos, porque *si no amamos al prójimo a quien vemos, ¿cómo vamos a amar a Dios, a quien no vemos? Si os dedicáis, de verdad, a procurar la formación de vuestros hijos y la de los demás, cuántas bendiciones de Dios recibiréis. Vuestros hijos son la esperanza, el porvenir de la Iglesia y de la sociedad. Y esta esperanza está en vuestras manos: en la oración, en la entrega, en el sacrificio de cada uno de vosotros*³⁵.

La educación de los hijos es un aspecto fundamentalísimo de la vida familiar. Por eso, aconsejaba nuestro Fundador a alguien que le preguntaba sobre el modo de mejorar la vida matrimonial: *seguirás paso a paso el andar de esas criaturas, que Dios te ha dado, y comprenderás que el mejor negocio de tu vida es formar a tus hijos. No basta con traerlos al mundo —eso lo hacen también los animales—, sino que debes transmitirles tu espiritualidad, tu inquietud cristiana, tu amor a Dios, tu devoción a la Santísima Virgen*³⁶.

³⁴ Del Padre, *Cartas de familia (I)*, n. 207.

³⁵ Del Padre, Tertulia con los participantes en el V Congreso Internacional de la Familia, 6-XI-1980.

³⁶ De nuestro Padre, *Dos meses de catequesis*, II, p. 771.